

El mito de Bailén durante la Guerra de Cuba (1895-1898)

The myth of Bailén during the War of Cuba (1895-1898)

Antonio Jesús Maldonado Galindo

Profesor de Geografía e Historia
e-mail: ajmaldonadoprofe@gmail.com

Recibido: 20-08-2019

Aceptado: 20-09-2019

Resumen:

El proceso de mitificación que la Batalla de Bailén había sufrido durante gran parte del siglo XIX parecía haber concluido sus apariciones a nivel nacional hacia final de la centuria. La Guerra de Cuba y la intervención estadounidense, sin embargo, volverán a resucitar el mito, que se convertirá en la bandera de la prensa más chovinista, aquella que creía que si la España de 1808, sin ejército y sin gobierno, pudo vencer a la máquina de guerra francesa, la de 1898 podía hacer lo propio con el gigante norteamericano. En consecuencia, el mito de Bailén se actualizará en un contexto de crisis política española, representando los intereses más diversos.

Palabras clave:

Batalla de Bailén, mitos, Guerra de Cuba, prensa.

Abstract:

The mythification process that Bailén Battle developed during most of the nineteenth century seemed to have concluded nationwide by the end of the century. However, the War of Cuba and the United States involvement would revive the myth which would become the symbol of the most chauvinist press, the one believing that, if the 1808 Spain could defeat the french war machinery with no army nor government, the

1898 Spain would do the same with the american giant. Consequently, the myth Bailén will be updated representing the most diverse interests in a context of political crisis in Spain.

Key words:

Battle of Bailén, myths, War of Cuba, press.

1. Introducción

Desde que el 19 de julio de 1808 comenzase a correr la noticia de que Dupont había capitulado ante Reding y Castaños, la Batalla de Bailén va a iniciar un proceso de mitificación en el que se va a ver envuelta en una vorágine política. Como afirma Ricardo García Cárcel (2008: 13-23), los mitos nacen, se desarrollan, mueren y resucitan. Consecuentemente, el convulso siglo XIX español supondrá una montaña rusa ideológica que hará que encontremos un Bailén mitificado tanto por absolutistas como por liberales, pasando por conservadores, carlistas, católicos, militares o republicanos.

Exceptuando el tímido intento de Narváez y su *Comisión de Indagación sobre la Campaña de Andalucía y la Batalla de Bailén* para responder a Thiers en 1845, y la muerte de Castaños en 1852, el testigo de la mitificación del 19 de julio había pasado del ámbito nacional al local.

Sin embargo, el inicio del conflicto hispano-cubano (1895-1898) en pos de la independencia isleña, y la posterior intervención estadounidense volverán a renacer los acontecimientos ocurridos en España nueve décadas atrás. La patria volvía a estar en peligro y la prensa, el *mass media* de la época, entendió que la principal herramienta para salir del atolladero en el que se encontraba nuestro país era la historia. De esta forma, recurrirán a los abundantes mitos



Fig. 1. “Lee y aprenderás”: El profesor, un marino español, enseña al alumno, el Tío Sam, las gestas militares de la Historia de España entre las que se encuentra la Batalla de Bailén. Ejemplo de la utilización que se hizo de la historia durante la Guerra de Cuba por gran parte de la prensa nacional. (Fuente: *Don Quijote*, núm. 14, 4 de abril de 1898)

militares españoles: Navas de Tolosa, Pavía, San Quintín, Zaragoza, Gerona, Vitoria y, cómo no, Bailén (Fig. 1). En su edición de agosto de 1895, *Historia y Arte* lo atestiguaba en un artículo de título tan clarividente como “Ametrallar lo antiguo”: “El pasado [...] es un gigante poderoso nutrido en experiencia

por los años [...] ¿En qué estorban los buenos padres á la actividad de sus sensatos descendientes? [...] ¿Y dónde se traduce esta blasfemia? En el país donde lo Antiguo no conoce rivales; en el país cuya historia registra los sacrantísimos nombres de Sagunto y de Numancia, de las Navas, de Bailén y Zaragoza”.

Si bien en gran parte de las numerosas referencias encontradas en prensa sobre la Batalla de Bailén, ésta aparece diluida en un conglomerado de hitos de la Guerra de la Independencia, nuestro objeto de estudio ofrecerá algo que no tendrán el resto: esperanza. Esperanza porque España, la de 1808, consiguió imponerse a la principal potencia militar del momento con muchos menos medios. Eso era precisamente lo que necesitaba la España de 1898, aliento para afrontar un conflicto que, como el de entonces, parecía una empresa hartamente difícil (Fig. 1).

2. La Batalla de Bailén como revulsivo

Cuando José Martí y sus mambises reiniciaron el proyecto independentista el 24 de febrero de 1895 con el llamado Grito de Baire, en la España peninsular los políticos del turno luchaban por mantener a flote un ya desgastado sistema de la Restauración. Apenas un mes después, el 23 de marzo, volvía a la presidencia del gobierno el conservador Cánovas, tendente a la solución militar más que a la negociación política.

En los inicios del conflicto hispano-cubano, la prensa nacional comienza a desempolvar las viejas glorias de la patria para hacer de ellas el estandarte del presente. Como hemos comentado, la Batalla de Bailén será un escenario ideal para realizar un paralelismo entre la Guerra de la Independencia y la de Cuba.

El 16 de mayo, *El Cantábrico* hablaba de dos pequeños triunfos militares en Cuba, destacados más que por su importancia por la moral que podían insuflar a los soldados y al pueblo: “El valor personal muchas veces es hijo de las condiciones de espíritu en que se encuentre el que le demuestra: si éste se halla abatido y temeroso por considerarse inferior á aquél contra quien lucha, es fácil la derrota; [...] en cambio, cuando se tiene la conciencia del propio valor se desafía al enemigo, se adquiere superioridad sobre él y se le vence: tal fue Bailén para los españoles. Las acciones de guerra como las que originan esas líneas, deben divulgarse á ser posible para despertar sentimientos patrióticos en el pueblo [...]”

De forma paralela, la maquinaria poética se puso al servicio de la causa. *El Independiente* publicaba el 25 de mayo los siguientes versos de Pedro J. García en los que intenta que fuese la historia en general, y la Batalla de Bailén en particular, la que prendiese la mecha patriótica:

“[...]¿Quién no desnuda el acero
su madre por defender?
Oh triste madre, no llores
tu justo clamar detén
que saldrán como en Bailén
venciendo tus defensores.
Pronto se oirán los tambores
pregonando tu victoria
y otra página de gloria
bajo tu pendon ganada
y en roja sangre bañada
se ha de añadir a tu historia.”

3. La Batalla de Bailén para el ejército de finales de siglo

Si hay un colectivo inherente a la Batalla de Bailén es el militar. Durante el proceso de mitificación del siglo XIX se unirán otros actores como el pueblo o la

intervención divina, pero será el mundo castrense el que saque pecho recordando esta fecha desde el mismo 1808.

El ejército español de finales del diecinueve nada tenía que ver con el de epopeyas pasadas: deficiente preparación, marina obsoleta, exceso de oficialidad, sistema de reclutamiento discutible, ascensos meteóricos, disputas constantes con los políticos, etc. En consecuencia, la Batalla de Bailén se convertirá en un escenario simbólico donde los militares se defiendan de los ataques que le llegan, tanto de políticos liberales y republicanos como de militares carlistas, pasando por pensadores socialistas.

El *Liberal* se hacía eco en junio del 95 del reparto de panfletos en la ciudad de Barcelona en los que se criticaba el excesivo número de oficiales que existían en el ejército, así como las limitaciones en los ascensos a los jóvenes

formados en las academias militares. El periódico republicano sale en defensa de la oficialidad argumentando que es la experiencia y no la formación lo que España necesitaba, terminando con una frase tajante: “[...] si volviera Napoleón a invadir el territorio español no podría ni sabría emular al gran General Castaños derrotando con soldados bisoños a los imperiales franceses en los llanos de Bailén”.

Sin embargo, el periódico burgalés *El Papa-Moscú* (núm. 932, 25 de noviembre de 1895), de tendencia liberal moderada, prefiere destacar la participación de la gente de a pie en los grandes hitos militares españoles: “Ayer eran generales los que asombraban al mundo con sus proezas; hoy son modestos soldados los que realizan acciones inconcebibles; y unos y otros nos traen a la memoria las hazañas de África, de América, de Oceanía; la batalla de Bailén [...]” (Fig. 2).



Fig. 2. Portada de despedida para el Regimiento de Bailén, acontecimiento aprovechado por la prensa para resucitar el mito del 19 de julio y proyectarlo a la Guerra de Cuba (Fuente: *La Rioja*, núm. 2075, 17 de noviembre de 1895)

Más allá de asuntos políticos, en noviembre de 1895 partía para Cuba el Regimiento de Bailén, encontrando la prensa un marco idílico para atraer el espíritu del 19 de julio al conflicto hispano-cubano (Fig. 2). Vicente Infante Solórzano, alcalde de Logroño (sede del Regimiento), así lo expresaba en el Bando Municipal del 19 de noviembre del que se hizo eco *La Rioja* (núm. 2077): “[...] proporcionaréis á nuestras armas (gloria), máxime mirando escrito en la bandera que os guía y os entrego, el nombre de BAILÉN, ese nombre nacido de la más brillante victoria obtenida por nuestros abuelos contra las huestes del gran Napoleón, y que infaliblemente será ahora la estrella que os acompañe en los combates, y la antorcha que después alumbrará vuestros triunfos”.

4. ¿Mito liberal o conservador?

El año 1896 comenzó con una intensa actividad política que sería decisiva en la Guerra. En enero, Martínez Campos dimitía como Capitán General de Cuba, ocupando su puesto Valeriano Weyler en febrero. Éste último iniciaría una política de reconcentración campesina para evitar que apoyaran a los insurgentes isleños, lo que en la práctica significó terribles condiciones de vida para el mundo rural cubano.

En abril, el Congreso y el Senado de Estados Unidos adoptaron una resolución a favor de los independentistas cubanos, lo que desde la prensa española se vio como un insulto. Las reacciones siguieron dos direcciones, a menudo solapadas: patrioteras amenazas hacia Washington y críticas hacia el gobierno.

En su edición del 17 de enero, *El Cantábrico* ya recordaba en tono amenazante que “a cada Napoleón le llega su Waterloo. No puede haber un Waterloo sin que

haya antes un Marengo, o un Bailén [...]”. En la misma línea, *La Lealtad Navarra* (núm. 2106, 4 de marzo de 1896) criticaba a Cánovas por no responder “al lenguaje grosero de los senadores norteamericanos”, ensalzando al pueblo español, que sí “está demostrando en estos momentos que es aquel pueblo valiente del Dos de Mayo y de Bailén, pese a los errores gubernamentales”.

En este sentido, parece que la Guerra de la Independencia y la Batalla de Bailén interesan ahora en su vertiente más popular. Ante la crisis política y militar, *La Lid Católica* señalaba el 10 de marzo a la ciudadanía como última esperanza de la nación: “[...] demostrarán al mundo entero que aunque España no tiene gobernantes que sepan dirigir sus energías, es siempre el pueblo de las Navas y Bailén, dispuesto siempre a gastar la última peseta y derramar la última gota de sangre por el honor de la patria”.

Esta resurrección del mito de Bailén volverá a sacar a la luz una vieja disputa entre liberales y conservadores que ya se observa durante la misma Guerra de la Independencia y se mantiene durante el proceso de mitificación del XIX. Durante la Guerra de Cuba, los primeros preferirán recordar gestas como el 2 de mayo o los sitios de Gerona y Zaragoza por su importante componente popular, mientras que los segundos optarán por gestas “clásicas” en las que el ejército y la fe destacaron por encima de la participación civil: Navas, San Quintín o el mismo Bailén son algunos ejemplos. El diario católico y fuerista *El Aralar* así lo recordaba en su edición del 14 de marzo: “¿No es hora de que España entera, la España de Recaredo y Pelayo, de San Fernando y Jaime I, de los Reyes Católicos y Felipe II, Trafalgar y de Bailén, se levante, [...] echándose en brazos de la Providencia divina?”.

5. Mirando a Europa

En cualquier caso, la intervención de Estados Unidos dejaba a España en una situación comprometida. Más allá de la palabrería de cara al público, tanto los militares como el presidente Cánovas o la propia regente María Cristina, sabían que nada se podía hacer en un conflicto directo con los norteamericanos (González-Pola de la Granja 2018: 587-610). Era necesario por lo tanto mirar al norte de los Pirineos en busca de algún aliado que mediara por España. Así pues, tocaba recordar a Europa todos los favores que nos debían. Y en esa tarea, ningún acontecimiento era más útil que la Batalla de Bailén (Fig. 3).



Fig. 3. “Lo que debería hacerse”. Caricatura en la que una representación de Europa detiene al presidente estadounidense William Mckinley “por incumplir el séptimo mandamiento”. Mitos como la Batalla de Bailén fueron utilizados por la prensa española para recordar la unidad europea durante la Guerra de Cuba y las posteriores negociaciones de paz. (Fuente: *Don Quijote*, núm. 45, 18 de noviembre de 1898)

Varias publicaciones como *Diario de Tenerife* (18 de diciembre), *El Liberal de Tenerife* (19 de diciembre) o *La Correspondencia Alicantina* (2 de enero 1897) reproducían un artículo que señalaba la voluntad como la principal facultad española, recordando episodios en los que España había impuesto sus intereses sobre Europa como una victoria cántabra frente al Imperio Romano, la Batalla de Roncesvalles frente al Imperio Carolingio o Carlos V frente a Francisco I durante la primera mitad del siglo XVI. Como acontecimiento más reciente, recordaba el 19 de julio: “Napoleón parece invencible hasta el punto de que ningún general y ningún monarca se atrevió a cortarle a su espada el paso, y la maravilla del Mundo se renueva con creces en la victoria de Bailén, donde recibe aquel primer golpe, que precedió y anunció el golpe último en Waterloo”.

El que fuera presidente de la Primer República, Emilio Castelar, fue uno de los pocos políticos, junto a socialistas como Pablo Iglesias, que alzaron la voz a favor de una solución pacífica al conflicto hispano-cubano. La falta de respaldo a estas ideas en el ámbito político nacional parece que le llevó a recurrir a las potencias europeas como posibles mediadoras. Así lo expresa en un discurso reproducido por *La Rioja* el 15 de mayo de 1897: “Dios que hiciste de nuestro pueblo el David de las naciones, derribando el Goliath de la conquista en Bailén y sacaste del seno de la esclavitud a Grecia con todas las tribus orientales y a Italia por cuya independencia pugnó todo el Occidente. Dios de la Libertad, completa esta grande obra de redención, complétala, con la paz que acabará de redimirnos [...]”.

En el verano de 1897, la intervención de EE.UU. en el conflicto parecía inminente. En junio, el secretario de Estado norteamericano, John Sherman, protestaba públicamente por la política de reconcentración de Weyler. La inoperancia de países como Inglaterra, Austria-Hungría o Alemania, hizo que España recurriera a Francia como única potencia con voluntad de interceder por los intereses de sus vecinos del sur. Ya en 1895, con la mediación del anglófono ministro de exteriores Gabriel Hanotaux, los galos habían prestado quince millones de pesetas para material militar a España (Ignacio Uría 2018: 657-692).

En consecuencia, el mito de Bailén tenderá a suavizarse, en tanto en cuanto no convenía recordar a los franceses una de sus derrotas más dolorosas. No obstante, a ciertos sectores de la prensa, en pura efervescencia patrioter, le costó asimilar este nuevo rol colaboracionista entre Madrid y París, dando una de cal y otra de arena como demuestra *El Eco de Santiago* en su edición del 9 de julio de 1897 al hablar de Napoleón: “Le reconoce Grande España que, sola, humilló sus águilas soberbias en los campos de Bailén. Y le reconocen grande las naciones europeas, que hubieran de juntarse para poner fin a sus victorias el día de Waterloo”. Justo un año antes, y en un tono mucho más sarcástico, el semanario satírico *Gedeort* se había referido a Francia como “nuestros simpáticos vencidos en Bailén, de los Arapiles y de Vitoria”.

6. Entre el mérito popular y el militar

También en términos europeos, *El Diario de Córdoba* (núm. 13476, 31 de julio de 1896) destacaba la “notoria y profunda incidencia de nuestra victoria

en los destinos del mundo entero. Bailén significa el principio de la decadencia napoleónica”. Aunque este artículo, obra de Ángel Salcedo, precede en fecha a los anteriormente citados, es muy interesante para analizar la polémica que hubo respecto a si la victoria en Bailén había sido del ejército o del pueblo, resucitando un viejo debate de la propia Guerra de la Independencia (García Cárcel 2008: 301-322), contextualizado en un final de siglo de constante disputa entre el poder político y militar.

Continúa Salcedo, militar además de periodista, relativizando la importancia del pueblo en la Batalla de Bailén afirmando que “se ha complicado con elementos extraños, tomando a su paso a través del tiempo mucho fango demagógico” para terminar corroborando que fue un triunfo del ejército. Incluso cree que la victoria hubiera sido más rápida si el ejército de entonces hubiera contado con “un hombre de las condiciones de actividad, celo, minuciosidad y prudencia que adorna al actual ministro de la guerra”, refiriéndose al General Marcelo Azcárraga Palmero, del Partido Conservador. Como vemos, el autor realiza esa transposición tan recurrente entre 1808 y 1898: “¿Para qué, preguntan muchos, gastar tanto dinero en presupuesto de guerra?” en clara alusión al “Presupuesto de Paz” llevado a cabo por el general del Partido Liberal López Domínguez en su etapa de ministro de la Guerra entre 1892 y 1895, que supuso el recorte presupuestario en materia de defensa. Culmina el artículo con una frase de esperanza, no sabemos si para la nación en general o el ejército en particular: “Bailén es un laurel que no ha de secarse ni marchitarse jamás”.

Con el mismo objetivo, al celebrar la efeméride de la muerte de Castaños el 22 de abril de 1897, *El Guadalete* reconocía que la Batalla de Bailén había sido su gesta más destacada, apostillando que fue un “triunfo debido a la acertadísima dirección del general español y a sus sabias previsiones”. De nuevo, el ejército reconocía Bailén como un hito propio.

En este contexto, la celebración del setenta y nueve aniversario del 19 de julio se vio envuelta en una batalla dialéctica sobre los más diversos temas. El día 16, *La Ilustración Nacional* publicaba un artículo de Daniel Collado que comenzaba reconociendo que un pueblo no podía vivir del pasado para edificar su futuro, lo que denota cierto cansancio en la utilización de la historia por ciertos sectores de la prensa. Sin embargo, prosigue: “Por lo que a España se refiere, nosotros abrigamos la creencia de que su decaimiento presente es consecuencia obligada del olvido de su pasado [...] Porque así lo creemos, juzgamos útil conmemorar los grandes hechos de su historia, entre los que merece lugar preminente la gloriosa jornada de Bailén”. Más allá de la efeméride, de este artículo se pueden leer entre líneas mensajes para tres colectivos que estaban participando de esta utilización del mito bailenense de una u otra forma. En primer lugar, el autor destaca la participación popular el 19 de julio para denostar el mito exclusivamente castrense: “27000 combatientes españoles, de los cuales 18000 eran paisanos (llevaban diez días en filas) [...] El ejército español, si es que puede llamarse ejército a la masa de hombres que acaudillaba Reding y Coupigny”. En segundo lugar, lanzaba un mensaje al viejo continente, recordando que “la derrota de Bailén libró a Europa del yugo que la soberbia y la ambición de un hombre quería someterla”. Y en tercer y último

lugar, no convenía comprometer la colaboración francesa para la causa, por lo que concluye el artículo con la siguiente frase: “A la Francia de hoy no pueden ni deben imputársele los actos de la Francia de ayer”.

Como si de una respuesta se tratara, de nuevo el militar y periodista Ángel Salcedo celebra también la efeméride el día 18 de julio en *La Correspondencia Militar*, aunque con una orientación distinta. Ya desde la presentación deja entrever que su intención es destacar el papel del ejército, tanto en 1808 como en 1898: “las más gloriosas gestas militares de la historia moderna de España se resumen en el nombre de Bailén”. Salcedo incluso habla de la mitificación de la Batalla de Bailén a lo largo del siglo XIX (“Es natural que tan popular empresa tienda a transformarse”), y de cómo se ha perpetuado en el tiempo la idea de que tal acontecimiento fue una victoria de la nación o el pueblo, lo que considera una “fábula”. Así, tras afirmar que “todo el ejército que había en 1808 peleó en primera línea, y fue el núcleo de la resistencia nacional y al que corresponden los lauros de la empresa”, vuelve a criticar a los políticos que negaban “los gastos de guerra en tiempos de paz”. Concluye recordando la exclusividad del mérito castrense en la Batalla de Bailén, victoria que afirma no se puede aprovechar más por la falta de medios y una deficiente dirección política, algo que volvía a repetirse en 1898.

Como vemos, parece que la prensa nacional empieza a buscar culpables antes incluso de producirse la derrota, reproduciéndose los enfrentamientos entre políticos y militares tan frecuentes durante la Restauración. Salcedo utiliza el mito de Bailén para un fin actual. Por un lado, actualiza la disputa de la victoria

entre Reding y Castaños en las figuras de militares inmersos en la Guerra colonial como Polavieja o Lachambre, protagonistas de la “gloria de la última campaña de Cavite” para reconocer que es una suerte buscar protagonistas de las victorias, que no culpables de las derrotas. Y por otro, habla de una falta de aprovechamiento de la Batalla de Bailén porque “nos faltó un ministro de la Guerra como el General Azcárraga”, del que ya hemos hablado y que el 8 de agosto de 1897 ocupó la presidencia del Gobierno tras el asesinato de Cánovas.

7. Preparando la derrota

En octubre de 1897, Sagasta y los liberales vuelven al poder con una política de paz, decretando la autonomía para Cuba y Puerto Rico, sustituyendo a Weyler como Capitán General de Cuba por el Capitán Blanco, más tendente a la negociación, y decretando una amplia amnistía para los presos del conflicto. De esta forma se afrontaba el nuevo año, 1898, en el que el mito de Bailén va a aparecer en los más variados registros.

Madrid Cómico publicaba el 2 de abril un artículo en el que dos ciudadanos discutían sobre la actualidad política española. Mientras uno de ellos (“hombre práctico”) optaba por la prudencia en el conflicto con Estados Unidos, el otro (“patriota”) prefería morir por la patria y “sacar la gloriosa bandera de Pavía y de Bailén”. A pesar del tono satírico del texto, escenifica a la perfección la división de la prensa y la sociedad española respecto a la Guerra. El mito bailenense seguirá siendo la bandera de esa España más chovinista, partidaria de llegar hasta el final en el conflicto con los norteamericanos, desoyendo incluso a militares como Cervera, quien hizo saber al gobierno en repetidas ocasiones que la isla

estaba perdida antes de cualquier enfrentamiento directo con Estados Unidos.

Pero como decimos, en la Península la mayor parte de los políticos preferían perder la isla a entregarla: militares, católicos, carlistas, conservadores e, incluso, liberales, quienes temían la caída de la monarquía o la guerra civil si entregaban la isla sin más (Santos Juliá: 1998 17-93). Nueve décadas después el viejo león tenía que enfrentarse al coloso de su tiempo. Si entonces fue la Francia napoleónica ahora sería la república norteamericana quien mordería el polvo. Tocaba “inventar” una nueva Guerra de Independencia con un nuevo Bailén. Para ello, era necesario que los españoles reaccionasen con un nuevo “chispazo patriótico”, tal y como publicaba *El Avisador* (núm. 151, 10 de abril de 1898), para rememorar “las gloriosas jornadas de Bailén y Arapiles” (Fig. 4).

A sabiendas de que la comparativa militar era ridícula respecto al gigante estadounidense, la prensa recurre a una especie de guerra de valores como el coraje o el honor como vemos en estos versos de *El Diario de Murcia* (núm. 7450, 29 de septiembre de 1897):

[...]Y en nuestro siglo glorioso
se alzó en armas atrevida
contra el soberbio coloso
que, soñó a Europa rendida
su ejército brioso;
derrotado casi sola
en Bailén, Brunch, en Gerona,
al que orgulloso en Bayona
quiso la perla española
sujetarla a su corona.
Rico yankee, si en la guerra
quieres ver nuestro valor,
nunca sueñes que en tu tierra
oro bastante se encierra
para comprar nuestro honor [...]



Fig. 4. “La sorpresa del Tío Sam”. La prensa intentó resucitar el espíritu de la Guerra de la Independencia. Gestas como el dos de mayo fueron más utilizados por sectores liberales por su componente popular, mientras que el mito de Bailén fue más utilizado por el ámbito castrense. (Fuente: *Gedeón*, núm. 125, 31 de marzo de 1898)

Sólo un milagro como el de 1808 podía inclinar la balanza como indicaba una carta anónima firmada bajo el pseudónimo de “un marino del Pacífico” que circuló por la prensa nacional durante los meses de marzo y abril en publicaciones como *La Correspondencia de España*, *El Heraldo de Navarra*, *El Eco de Santiago* o *El Liberal de Tenerife*: “[...] nadie pudo predecir que con las picas toreras en Bailén venció al enemigo nuestro inolvidable Castaños [...] ¡Coincidencia extraña! Concluye el siglo como empezó...”.

Tras el hundimiento del Maine en febrero, el 16 de abril el Congreso y el Senado estadounidenses aprueban la propuesta del presidente McKinley sobre una intervención militar en Cuba, iniciándose las maniobras militares. Había llegado el momento, de nuevo la principal potencia militar amenazaba la patria.

La *Correspondencia de Alicante*, en varios números de finales de abril, publicaba un artículo titulado “Sensatos y locos”. En él simulaba una conversación entre dos ciudadanos españoles en julio de 1808. El sensato renegaba de las posibilidades del ejército español contra las huestes napoleónicas: “Somos impotentes para vengarnos. Ahí tiene usted á esos ilusos que con Castaños y Reding esperan en Sierra Morena á los veintitantos mil hombres que lleva Dupont, el impetuoso é invencible Dupont. No son los nuestros muchos más, y en su mayoría reclutas ó voluntarios sin vestir ni uniformar”. El loco, por su parte, informa de que corrían rumores que en Bailén se habían impuesto los españoles, estallando ambos en júbilo. El artículo reproduce prácticamente la misma conversación noventa años después con los nietos como protagonistas. Tras el discurso agorero de uno de ellos, el otro le recrimina su actitud: “Usted y los que como usted piensan, serán los sensatos y yo y los míos unos locos; esa disputa sostenían también nuestros abuelos hace noventa años y aquella gran locura nos hizo, no solo conservar nuestra nacionalidad, sino dar el ejemplo para que Europa entera derribase al gran coloso”.

Sin embargo, no hubo un nuevo Bailén en Cuba. El 30 de abril se produjo la derrota en Cavite. La prensa recurre entonces al honor patrio en la derrota,

así como a otros fracasos militares que precedieron a determinadas victorias. En este sentido, el mito del 19 de julio aparece como ejemplo de resurgimiento español tras derrotas “heroicas” como Trafalgar o el 2 de mayo madrileño.

Así lo manifestaba *El Correo de Gerona* (núm. 98, 04 de abril de 1898): “Mayores embates hemos resistido, y de más poderosos enemigos hemos triunfado. Hace ya noventa años, al amanecer el día, encontrábase postrada, sin esperanza, sin gobierno, sin ejército, y casi moribunda, la nacionalidad española. Al aponerse el sol, aunque exangüe, maltrecha y acribillada de heridas, había resucitado. Así resucitará mientras se conserve fiel a sí misma [...] Al Guadalete siguió Covadonga, y al dos de Mayo, Bailén”

No obstante, esta primera derrota en Filipinas hacía presagiar un fatal desenlace en el conflicto. Consecuentemente, encontramos en este mes de mayo de 1898 numerosas referencias al mito de Bailén, no ya tanto como una victoria del pueblo o del ejército sino de la fe: *El Grano de Arena*: “Preparémonos á las que vengan (derrotas), puesta nuestra confianza en Dios y en la Patria, recordando que el Guadalete siguió á Covadonga, y al dos de mayo, Bailén”; *Boletín del Clero del Obispado de León*: “Y como la España de Pelayo, de Covadonga y de Bailén puede ser vencida pero no degradada, ha respondido a los yanquis como procedía [...]”; *El Amigo del Pueblo*: “Invoquemos, pues, al Dios que dio la victoria a nuestros padres en Lepanto y Otumba, en Pavía y en Bailén”. Estos son algunos ejemplos que demuestran que la victoria española sobre Estados Unidos pasaba por una intervención divina.

Sin embargo, los pronósticos se cumplieron y las hostilidades iniciadas en la primavera de 1898 culminaron el 3 de julio con la derrota naval en Santiago, que dejaba la isla prácticamente a merced de los norteamericanos. El día 25 se produce el desembarco de tropas estadounidenses en Puerto Rico y dos días después el gobierno de Silvela reconoce la derrota e inicia las negociaciones de paz.

El noventa aniversario de la Batalla de Bailén pasó casi sin pena ni gloria por la prensa nacional más allá de algún recuerdo nostálgico. Además, durante las negociaciones de paz iniciadas en Washington, será el embajador francés Jules Cambon quien represente los intereses españoles, con lo que no procedía excederse en la celebración del 19 de julio.

Una última utilización del mito baileense durante esta Guerra de Cuba en la prensa nacional será la de la búsqueda de culpables. Los primeros en hacer gala del “te lo dije” serán los republicanos, quienes ya llevaban meses avisando de la inutilidad de resucitar gestas del pasado: “[...] Hace reír cómo ese quijotismo de sacar a cada paso, venga o no a pelo, la lucha contra los moros y las batallas de Lepanto, Otumba y Bailén y otros sabidos lugares comunes de la patriotería tonta” (*La Unión Republicana*, núm. 385, 8 de noviembre de 1897).

Consecuentemente, el primer colectivo señalado tras El Desastre será la prensa. Así lo expresaba *El Ferro-carril* en su editorial del 2 de julio: “De todas las calamidades que actualmente afligen á la sociedad española, lo que más daño hace es el exagerado neurosismo de quienes se creen encargados de [...] formar esa conciencia colectiva que se conoce con

el nombre de opinión pública, pues no teniendo otro criterio que el de sus nervios alterados [...] sacan á relucir el heroísmo de Numancia y Sagunto y las glorias de Bailén y Zaragoza para caer después en la inexplicable aberración de considerarnos desprovistos de todas las virtudes[...]"

No se libraron de responsabilidades otros colectivos como el ejército, el gobierno o el pueblo. Para *La Atalaya* (núm. 2002, 2 de agosto de 1898), ninguno de ellos había demostrado tener el espíritu de los tiempos de las Navas o Bailén, afirmando que el carácter español "no responde a lo que la tradición exigía de él".

El 3 de septiembre, *La Victoria* se lamentaba de que el pueblo de 1898 no hubiera sido digno heredero de sus antepasados: "¡Oh patria, oh nación, oh pueblo de Lepanto, de Bailén, de Zaragoza ¿dónde estás? Que no te veo". En la misma línea, *El Eco de la Fusión* había expresado con ironía el 18 de junio que "El pueblo, el ilustre pueblo del dos de mayo, de Bailén, de San Marcial y de Zaragoza está enteramente tranquilo [...]"

El ejército fue otro de los colectivos sobre los que cayó la responsabilidad de la derrota. El periodista Pérez Carrasco pedía el 14 de septiembre en *La Saeta* raciocinio para negociar la paz tras padecerse de aquellos que piensan que "en España existen hombres de empuje y de vigorosa energía" como en Numancia, Lepanto o Bailén, a las que califica de "glorias marchitas". *Madrid Cómico* (núm. 809 20 de agosto de 1898) atacaba de esta forma a la oficialidad castrense española: "¡Cuánto más trabaja un minero, ó un pescador de besugo, que uno de esos generales que descansan en la

reserva de las fatigas [...] Y sin embargo, un general que no hace más que dormir sobre sus laureles, que son todavía los de Otumba, San Quintín, Bailén, etc. (porque esto de los laureles se disfruta *in solidum*) gana lo bastante para tripular varias lanchas boniteras [...]"

Como vemos, este último artículo también lleva implícita una crítica al sistema de reclutamiento del gobierno español, el otro gran damnificado tras El Desastre. De hecho, las quintas se convirtieron en un argumento de defensa del propio ejército, tal y como expresaba *El Correo de Gerona* el 9 de septiembre, para quien "aún viven los soldados de Gerona, Brunch, Zaragoza y Bailén" pese a que el gobierno liberal había movilizado tan sólo a hombres "acostumbrados a mover la azada o el arado".

En ocasiones, la prensa culpó al gobierno y al ejército a partes iguales, tal y como expresa *El Liberal de Reus* el 22 de octubre: "Creían tener un ejército a la altura del de Bailén [...], y ha visto que teníamos exceso de generales y oficiales, pero sin material de guerra [...]"

Más allá de culpables, el 1 de octubre se inician en la capital francesa las negociaciones de paz, culminándose con la firma del Tratado de París el 10 de diciembre, por el cual España veía desaparecer el imperio que durante más de cuatro siglos había poseído al otro lado del Atlántico.

Las referencias a Bailén en este último trimestre de 1898 son escasas, reduciéndose a recuerdos nostálgicos pero alejada del eco mediático en que se vio envuelta durante los tres años del conflicto. El mito regresa a su pueblo hasta que diez años después vuelva a aparecer en la órbita nacional con motivo del Centenario.

Bibliografía

García Cárcel, R. (2008a): *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de la Independencia*. Temas de Hoy. Madrid.

García Cárcel, R. (2008b): El mito de Bailén. *Bailén: su impacto en la nueva Europa del siglo XIX y su proyección futura. Actas del congreso internacional Baylen 1808-2008*. Universidad de Jaén: pp. 301-322.

García Saiz, M.D. (1998): La prensa madrileña en torno a 1898. *Historia y Comunicación Social*, núm.3: pp. 195-200.

González-Pola de la Granja, P. (2018): El impacto del desastre del 98 sobre la mentalidad del ejército español. *Anales de la Real Academia de Cultura Valenciana*, núm.93: pp. 587-610.

Juliá Díaz, S. (1998): El león no quería pelea. (Juliá Díaz, S. y De Ojeda y Eseeley, J., coords.) "*Aquella guerra nuestra con Estados Unidos...*" *Prensa y opinión en 1998*. Fundación Carlos de Amberes. Madrid: pp. 17-33.

Marrero Cabrera, J.A. (1999): La Guerra de Cuba. *Revista de Cultura Militar*, núm.13: pp. 159-165.

Santos, F. (1998): *1898 La prensa y la Guerra de Cuba*. Asociación Julián Zugazoitia. Bilbao.

Uría, I. (2018): La dimensión internacional de la guerra hispano-cubana-americana. *Anales de la Real Academia de Cultura Valenciana*, núm. 93: pp. 657-692.

